Dos días después, Lilly traía revueltos a todos los pasajeros, que mostraban un sospechoso interés por que la morenita les refiriera sus aventuras de náufraga.

Lilly, cuando desembarcaron, volvió a ser lo que hasta entonces había sido: la mujer que hacía babear a los judíos, moros y cristianos de Casablanca.

Volvió a lucir *maillots* transparentes y a enseñar desnudas sus piernas a todo aquel que quisiera mirárselas.

De Eudoxio no podemos decir más sino que estuvo seis meses enteros tomando reconstituyentes, seis meses en los que las rubias y las morenas le daban absolutamente igual. Eran cosas que tenía vedadas por prescripción facultativa.





LA "POMPADOUR" DE NUESTROS DÍAS

La Novela Sugestiva

LA "POMPADOUR" DE NUESTROS DÍAS

por

ANTONIO GUARDIOLA

Ilustraciones de
M E L

26

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



os días de Vicente estaban ahora llenos de una paz y como de una luz nueva y ofuscante que le inundaba el alma de frescuras y de irresistibles resplandores.

A la primera luz del alba, contento, descansado, feliz, con el cuerpo y el espíritu en fiesta, echábase silbando del lecho y pasaba al pequeño cuarto de baño, limpio y fresco. ¡Oh, sí! Tenía que concederse a sí mismo que era feliz; feliz, con una honda y sabrosa felicidad que dijérase aumentada hasta un grado infinito por el recuerdo de su lucha y de sus dolores pasados. Era, ¡sí, sí!, era ahora, en estos días radiantes de paz y de amor, como un hombre que volviese de la guerra al ambiente dulcísimo del hogar, con la esposa amada, con los hijos queridos, con las cosas que vivieron en el corazón y fueron testigos mudos de las horas

y los días de dicha imborrable... ; era... como un ciego que recobrara de pronto la vista y llorara de alegría y de extrañas ternuras al volver a ver los rostros de los seres amados, las formas graciosas de las cosas, el sol, el campo, el mar, el cielo... Y tenía miedo, él que había sufrido tanto, que sabía a tan duro precio lo que cuesta un poco de dicha..., tenía un miedo horrible, a veces, de que un genio del mal que parecía sembrar el mal en su camino, no viniese a romper este encanto de ensueño en plena realidad.

Mi vida es un erial ;
flor que toco se deshoja ;
que en mi camino fatal,
alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja.

Recordaba el verso delicadísimo de Gustavo Adolfo y el no menos delicado del altísimo Henry Becque, que le evocaba sus días de París :

Un jour, nous nous sommes quittés,
aprés tant de felicités,
tant de baisers et tant des larmes,
commes deux ennemis rompus
que leur haine ne soutient plus
et que laissent tomber leurs armes...

Era poeta Vicente, y sonreía, diciéndose a sí mismo, en estos días en que, luego de rodar por

media Europa, disfrutaba un poco de dicha, que él, que no hizo en su vida otro mal que hacer versos, tenía que recoger algún día el fruto de tantísimo dolor y de tantísimo trabajo...

Y... ¿era, acaso, este amor excelso el premio de la vida a sus dolores?... ¡Tal vez!... A veces tenía que concedérselo, al evocar aquellos ojos negros, negros, hondos, indescifrables, como el secreto del destino..., y la boca roja, y la viva gracia de su Hortensia adoradísima.

¡Hortensia!... Hasta su nombre era de flor, para que todo en ella fuese amable y bello. Vicente, que había vivido largos años en Madrid, en París y Londres luego... ; que conocía Bruselas, Ostende, Trouville..., y que había *séjourné a plusieurs réprisses* en Biarritz, en San Sebastián, en Montecarlo y Niza..., no se explicaba el porqué de esta pasión, de esta locura por Hortensia. Era guapa, sí ; pero no más que tantas y tantas mujeres como se cruzan con nosotros en la calle ; bajita, menuda, morena, con ese tipo «tan español» de la mujer graciosa y llena de armonía, tenía el pelo y los ojos negrísimos, negras las pestañas y las cejas, y la tez blanca, blanca, pero con ese blanco mate que Vicente llamaba «color de pasión». Sus manos, finas y largas ; sus breves pies, su andar ligero, pero solemne, con ritmo, y la elegancia y el gusto con que siempre se vestía y andaba por las calles, hacían de ella el prototipo de la muchacha moderna de nuestras grandes ciu-

dades, apasionada por la higiene, que estudia, que ama los *sports* y que está en muchas ocasiones *fiére* de su independencia y de su libertad, algo a la americana; pero tratándola, lo que en ello pudiera haber de censurable se trocaba en una irresistible simpatía, por su gracia en el decir, por su ingenio, por la gentileza con que sabía escuchar y perdonar, y por una grata soltura y como desparpajo que hacíala amoldarse a todos los caracteres y ser agradable a todo el mundo.

Vicente habíala conocido en una reunión a la que le llevaron las dos señoras de esta casa-torre en que él vivía, chocándole, desde luego, la soltura con que, sin dejar de ser *polie*, habíale dirigido ella misma la palabra:

—¿De modo que usted no baila?

—No, señorita; no sé. En cambio, me gusta mucho ver bailar.

—Y... ¿viene usted de París?

—¡Y fresquito!...

—¡Oh, estos madrileños!... ¿Son de usted los versos que antes recitaba?

—Sí, señorita; los he «perpetrado» yo.

Rieron.

Después..., ¿cómo fué?... ¡No recordaba! Sólo, sí, que hablaron y hablaron; en castellano, primero; en francés luego, al enterarse Vicente que Hortensia también lo hablaba. *Je ne le parle point, vous-savez?... Je l'aboiave un peu!* Era graciosa. Y tan lista que Vicente, profundo y psicólogo, se

complacía en observar cómo ella, mientras le hablaba, estábale observando y estudiando.

—¿Está usted contento aquí?

—Sí. Barcelona es muy hermosa. Además, yo estoy bien en todas partes. En mis viajes he aprendido que el hombre y la mujer son iguales en todas partes. La mujer, sobre todo. Y perdóneme usted: observará que esto es ya «metafísica pura», que decimos en Madrid. ¡La estoy colocando «el repertorio»! ¡Excúseme!

Rieron.

Les había unido, más que nada, una especie de comunidad de ingenio que tenían los dos en el carácter, inclinado a la ironía fina y velada; una especie de desdén señorial y altivo hacia todo y hacia todos, disimulado bajo una sonrisa discreta.

Ella se lo decía ahora a Vicente, cuando estaba en sus brazos, en aquellas horas de loca felicidad:

—Me sedujo de ti tu carácter serio y altivo, pero altivo, como el mío, sin dejar de ser cortés. Luego tus delicadezas, tu exquisitez de modales, tu elegancia innata, propia; una elegancia que tú llevas en el alma, en tus sentimientos, en tus pensamientos, en tus palabras, en tu sonrisa, en tus gustos inocentes, nobles, que hacen ver lo bueno que eres. Me habían hablado de ti tanto Pepita y su hermana, tus patronas, que rabiaba por conocerte: que eras tan bueno, tan simpático, tan formal, tan trabajador; que te acostabas a las diez; que no faltabas nunca a tu despacho... Y..., ¡oh, cómo

he llegado a quererte, Vicente de mi alma; ni tu madre pudo quererte con más pasión, con más ternura! ¡Júrame, júrame por tu vida y por tu alma, que son mías, que no has de dejarme nunca de querer, y que si llega un día en que ya no sientas por mí cariño, ¡¡¡júramelo, júramelo que me matarás!!! ¡¡No, no te rías; no te rías!!...

¡Ay, Hortensia, Hortensia!...

Le hacía sonreír, en efecto, con sus frases de pasión, dichas en un tono cálido, muy cerca de él, con sus brazos de azucena formando un círculo alrededor de su cuello..., mientras los ojos de terciopelo—«ojos de alma», como él decía—le miraban a los ojos, bajando a su corazón...

Y él..., ¡oh, qué amor, qué cariño, qué locura habíale inspirado la mujer aquella! Le parecía una hermana queridísima, una madre en la que él pudiera refugiar todas las delicadezas de su espíritu bueno, una amiga dulce y perdonadora, a la que pudiera contárselo todo, consultárselo todo, hablarle de todo... La voz de ella era ya como un puñal que le rasgara dulcemente el pecho para llegar al corazón...; su risa, su gracia, sus manos, la caricia de sus ojos, estaban en él y lo envolvían y lo acompañaban a todas partes... Extrañas sensaciones de bondad, de generosidad, de belleza...; hondísimas ternuras casi femeninas, casi maternales, se despertaban en él con sólo verla, o evocarla, u oírla... Era un amor ciego, sin medida, sin límites ni barreras, que le daba la sensación de

que no había comenzado, de que le acompañaba desde otra existencia, de que no acabaría nunca, infinito como el infinito... Y palabras con forma y espíritu nuevas, frases hermosas como besos, sensaciones desconocidas y de una belleza y una luz deslumbradoras, brotaban de su corazón y de sus labios como una fuente de miel. «¡Estoy enfermo de ti!», decíale a veces, tras de besarla en la boca... Y ella lloraba de ternura, y de grandeza, y de pasión, ganada su alma por el alma infinita del hombre adorado. «¡No, no, Hortensia: no te quiero, es verdad, no te quiero; no es amor esto ya, es otra cosa: es la locura de mi alma, es un premio de Dios a lo mucho que he sufrido! ¡¡Pasión, pasión, pasión santa de mi carne por tu carne; pasión casi material de mi alma por tu alma!!... ¡¡¡Dime, dime, dime que tú también sientes por mí este fuego y esta fuerza que me quema y me hace arder en esta luz de gloria, y que me abrasa tanto, tanto, ¡sábelo bien!, que te odio a veces de tanto que te quiero!!!»

Se abrazaban entonces con un abrazo santo de todas las purezas..., y mientras él «le hacía lágrimas» a los «ojos de alma» con sus ojos, y estrechaba contra sí aquel busto que se reclinaba en su hombro..., Hortensia, entreabriendo la herida de su boca en sangre, respondía, casi sin voz: «¡Hombre querido, alma de mi alma, novio querido de mi vida y de mis manos!... ¡¡Sí, sí, quiéreme así, así, como yo te quiero, con lla-

mas, con luz..., con más ternura que si fueras mi hijo ! !...»

Vicente se sorprendió casi llorando a la dulce evocación.

Miró el reloj.

Las seis.

Y se echó de la cama, y comenzó a vestirse, alegre, «lleno de ella»...





ORTENSIA se daba los últimos toques al enorme espejo que la retrataba entera con su frágil elegancia.

¡Qué elegante era, qué elegante !... Más que guaga. Tenía que concedérselo a sí misma, como se lo concedían sus amigas, siempre envidiosas al verla cada ocho días con un traje, con un sombrero..., y siempre maravillosamente calzada y con guantes de París, de extraños colores.

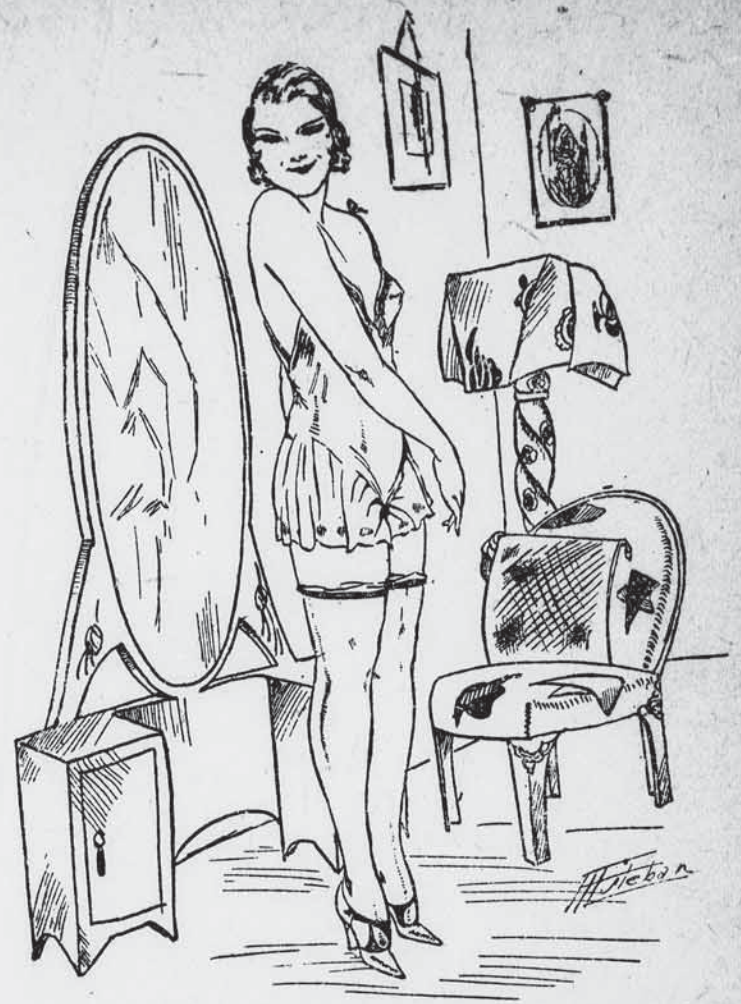
¡Y «por dentro» !... Le halagaba que este «pollino» de Vicente, su novio, ¡«vamos, el oficial», porque tenía tres !, se lo hubiera dicho cuando ella le concedió las primeras... «libertades» : medias de seda color bronce o color carne, zapatos escotados de formas raras ; una «combinación» especial que era al mismo tiempo camisa y pantalón,

con sólo un broche en la entrepierna, y siempre de seda; el refajo, de seda también, negra o escocesa, «de última», y el corsé, ¡ah, el corsé, o, mejor dicho, la faja!, era los más *chic*, con serlo todo tanto, de lo que llevaba siempre encima: una extraña prenda, de hilo finísimo, que la hacían en París sobre medida, bordada, con ballenas de acero tan diminutas que apenas le oprimían el talle..., y que tenía un par de garfios, en forma de lagartos, de acero también, forrados con almohadillas de seda, y que trepaban y le oprimían suavemente los senos diminutos de magnolia... ¡*Chic*!... Sus guantes, siempre nuevos, eran color paja, color hoja muerta o un color indefinido—azul, verde, plomo, grosella, capaz de volver loco a un pintor que intentase retratarlos...—, lo mismo que el sombrero, diminuto, muy alto, casi sin adornos, y de los que tenía treinta o cuarenta en cada temporada... Sonreía al recordar la sorpresa de Vicente la primera vez que le dejó darle un beso en plena pierna: «¡Ah, ligas negras!... ¡Oh, chica, qué perversa..., como en París!...» Ya estaba loco por ella, y sólo le hablaba de la boda, y, como era medio simple, a pesar de ser tan... «poeta» y tan «listo» (¡bah!, sería tan... «pollino» que la llevara al matrimonio.

Pensaba, pensaba Hortensia, cogiendo cosas y colocándolas en su lindísima escarcela.

¿Lo quería ella?...

En el fondo, le era simpático, pero sentía por



Su «combinación», siempre de seda...

él el mismo odio y el desprecio que le inspiraban todos los hombres...

¡No, no, no le quería..., como no quería a ninguno de sus otros novios, ni a su amante, ni a nadie... desde que Alvaro, aquel primer novio que ella tuvo y al que quiso «de verdad» (¡vamos, con toda «la verdad» con que ella podía querer a un hombre!...) la abandonó, después de deshonrarla aquella tarde, en Horta, teniendo apenas catorce años!... Desde entonces, era en su alma y en lo más hondo de su alma una rabia furiosa que ocultaba su sonrisa por hacer mal y hacer sufrir a los hombres... «por ella»... Se juntaba con tres novios, con seis novios, ¡hasta con once!, como aquella primavera en que «se pegaron dos por ella» en el Tibidabo, un día del Corpus..., y gozaba en fingirles una pasión loca a todos, hasta enloquecerlos de amor..., mientras los iba engañando a cada uno con los demás, y a todos con su amante, el señor Rives, un lencero del centro de Barcelona, que poseía una «torre» en la falda del Tibidabo, allá, por la Bonanova, donde se veían de vez en vez... Y era para ella un placer cruel y bárbaro el citar a dos o tres novios, a la misma hora y el mismo día, en distintos puntos de Barcelona..., y coger el tren eléctrico y marcharse allá, a la «torre»..., a «folgarse» aquellas horas con su amante... Luego, al día siguiente, se presentaba a sus novios condoliéndose, con aires de gacela herida: «¡Perdóname, querido mío, perdóname! ¡Ayer te

di el primer plantón, ya lo sé! Pero créete que no tuve yo la culpa: mírame a la cara. ¿Ves qué cara hago?... Me puse a la muerte. ¡Una angustia horrible!... Por lo visto, del calor. Todo el día estuve en la cama. ¡Perdóname, querido mío! ¡Por ti lo sentía más que por mí!...»

Y «el novio» no sólo la perdonaba, sino que alguno, como aquel majadero de Gerona, le había traído al día siguiente, todo en alarma, un paquete de aspirina «para los nervios». ¡Rediez!... Ella creyó morirse de risa, luego, a solas, ya en su casa, recordando las palabras del imbécil: «¡Sí que tienes ojeras! ¡Eso es nervioso, querida mía! ¡Verás cómo mañana te traigo yo una cosa magnífica para los nervios! Y ya lo sabes: cuando te encuentres así, no vengas. ¡Yo me hago mucho cargo de las cosas!...» ¡Rediez, rediez!...

Y es que ella ¡engañaba tan bien!... No tenía padres, muertos en su infancia, y ella habíase criado y seguía viviendo con su única hermana, Adela, mayor que ella en seis años, y casada... con ¡otro imbécil! Ella misma, Hortensia, había ayudado a su hermana en muchas ocasiones a que engañara a su marido..., ingeniero en el Ayuntamiento y enamoradísimo de su esposa, y que, «como de costumbre», no se daba cuenta de nada... Pero Hortensia, que no tenía secretos tampoco para su hermana, era más hábil, más astuta, más *rusée* que Adela para esto del engaño y la traición. Hortensia... gozaba en ello. Era una artista del vicio

y de la infamia, una verdadera «flor podrida de ciudad». Teniendo como tenían ellas una buena renta heredada de sus padres, había obligado al lencero a que le entregara más de diez mil duros que tenía en acciones de la Deuda en un Banco. Era casi rica, y aun lo sería más. Esto aumentaba su confianza en sí mismo, como su inmenso desparpajo, que la hacía tan elegante y *chic,* al tiempo que permitíale tratar a puntapiés a todo cristo...

¡Aire! ¡Las cartas!

Las cogió de encima de la consola las dos: una para Vicente y otra para Luis. ¡Dos novios!

Formidable que, distraída, les hubiera cambiado el sobre. ¡Pero no! En su astucia, que todo lo prendía y lo vigilaba, omitía casi siempre poner el nombre de los novios en las cartas: «¡Querido mío!...», y basta. Ella decía y se decía a sí misma, con su brutal experiencia de las personas y del mundo, que en la vida, lo mismo que en la guerra, hay que estar siempre con el arma al brazo... Porque, eso sí: no podía negarse que era Hortensia una mujer de gran talento; una de esas mujeres que, de haber nacido en la Italia del Renacimiento, habría sido, como la Cenci, parricida o Lucrecia Borgia, a la vez gran duquesa y asesina sin escrúpulos, protectora de los grandes artistas y «gran dama» en una corte de grandes damas y de poetas..., mientras iba envenenando a sus cinco, a sus seis maridos y a sus hermanos y a sus amantes... sin perder nunca la sonrisa...

Se puso al fin los guantes y salió.

Su hermana, en la galería, con una bata que la dejaba más que medio desnuda, se abanicaba furiosamente en una mecedora.

—¿Adónde vas con este valor?—le preguntó en tono desabrido.

—Voy... «allá arriba», y de compras. ¿Quieres algo?

—¡No, mujer, que te diviertas! Y a ver a qué horas vienes.

—A las nueve, como siempre.

Ya se marchaba Hortensia, y su hermana la detuvo.

—¡Oye, escucha, tú!

—¿Qué quieres?—preguntó la gentil, deteniéndose junto al umbral.

—¿Quieres ir luego al mercado?... ¿Tendrás tiempo?

—No sé. ¿Qué querías?

—¡Chica, un poco de pescado! Tráete una langosta, ¡pero viva! Me apetece.

—Mira, muy bien pensado. Hasta luego.

Hortensia salió a la calle. Iba contenta, satisfecha de sí misma, feliz. ¡Sí, saldría antes del *ermitage* de Rives, dejándolo plantado, si se terciaba «en lo mejor de la pesca», e iría a San José a por la langosta. ¡Comían excelentemente ellas, para llevar aquella vida de... «clugío y quince muelles y siete veces carrasclás»!... Al cruzar la portería había saludado a la portera, una rubia

opulenta, muy joven y muy guapa, casi de su misma edad, y que la ayudaba en sus «líos» desde siempre a cambio de excelentes propinas. Esta portera, que ahora tendría unos treinta y tres años, llevándole a ella tres, por lo tanto, y que, dicho sea de paso, le tenía a su marido la cabeza hecha un bosque, habíase casado muy joven, y era «compañera» de ella y de su hermana Adela, y juntas habían ido a mil bailes de máscaras y corrido más de cuatro juergas sordas...

Echó las cartas en un estanco.

Después tuvo que perderse entre el gentío, porque un señor viejo la seguía. ¡Ah, si no se fueran mañana de veraneo!... Lo hubiera conquistado, porque los viejos la gustaban. Aunque, a ella, ¿qué clase de hombres no la gustaban?... Gozaba en apasionar no importa a quién fuese..., con tal de enloquecerlo y de verle sufrir...

Pero, no. «¡Formalidad!—se dijo a sí misma al coger el tren eléctrico para acudir a la cita con su amante—. Tiempo tendré... cuando me case con el pollino de Vicente.»

Sonrió, mirando su lindísimo relojito de pulsera.

Las cuatro. ¡Hora de engañar! El... «pollino» de Vicente estaría desde hacía una hora encerrado en el despacho... Lo recordaba, llorando de amor por ella muchas veces, apoyado en su hombro, diciéndole frases patéticas... «¡Virgen de mi alma y de mi carne!...» (¡Rediez!...) ¡Que se aguantara!... Había momentos en que a ella le remordía la conciencia viéndole tan bueno, tan loco y tan ciego, que «no se daba cuenta de nada»; pero era no más un instante; en seguida surgía en su corazón el único placer que para ella podía compararse al de la carne: el de engañar, el de hacer mal siempre, no importa a quién fuera... Con su innata inteligencia comprendía y se lo decía a sí misma que «era una bestia», «una verdadera bestia hecha para la lujuria y los malos instintos y los placeres bajos»...; pero no podía remediarlo... ¡Era... «así»!... Por pasar unas horas en los brazos de un hombre, viéndolo rugir de una lujuria que ella hacía... «científicamente»..., engañando al mismo tiempo y haciendo sufrir por su culpa a cuatro o cinco o diez mil novios..., era capaz de dar la vida..., de exponerla también, como la había expuesto varias veces ya para engañar o robar... «en grande». Ella no se comprometía más que cuando se trataba de miles de duros, o bien «de darse», con mil reservas y tras meses o años largos de relaciones, a algún novio guapo... De este modo, «al caer», los hombres pensaban que era por cariño..., ya que ella se encargaba de fingirles maravillosamente la virginidad..., haciéndole creer a cada uno «que era el primero»...

Esto no obstante, comenzaba a inquietarla, y a su hermana Adela también, el que se fuese formando alrededor de ella ese sordo ambiente de extrañeza y rechazo que precede al definitivo des-

prestigio de una mujer en sociedad... Ya eran varios los novios a quienes ella había burlado... y que, al descubrir «algo extraño», husmeaban la verdad... Era absolutamente imprescindible encontrar un hombre... «responsable», vamos, que se casase con ella, cargando, de paso, con los cuernos, pesadísimos en este caso... Por esto, ella «se esmeraba» con Vicente..., muchacho sin familia, sin padres ni hermanos, solo como un hongo en Barcelona... ¡Y éste, sí, éste sería tan imbécil que la llevara al matrimonio!... Además, los...

—¡Bonanova!—la interrumpió en sus reflexiones el grito del cobrador.

Había parado el tren.

Hortensia apeóse ligera, y, tras comprobar con el rabillo del ojo que nadie la seguía, se perdió furtivamente por entre lindas callecitas de jardines... hasta llegar a la «torre» de su amante. Allí, muy serena, muy tranquila, empujó la puerta y entró...





VICENTE salió a la calle.

Le encantaban estos barrios de la Bonanova, donde él tenía una habitación en una torre modesta. Jardines, flores, árboles, grandes solares sin vallar, que eran campos de fútbol o de tenis, criaderos de rosas y claveles, casas limpias, alegres, nuevas y sanas en el hermoso barrio, todo nuevo.

Comenzó a andar ligero, para llegar a Muntaner y coger el tren eléctrico. A las nueve, ¡dentro de tres horas!..., ¡¡con ella!!...

Y la evocación dulcísima de la «muchacha-mujer», que era ya en su alma la luz, y el calor, y el pensamiento, y el corazón mismos..., le hizo parpadear de ternura... «¿Quién le iba a decir a él, a él, que de tanto sufrir en silencio y soledad a través de media Europa, creyó que se le secaba el corazón de tanto odiar y llorar?... ¿Quién iba a

decirle a él que esta mujer y este amor iban a hacer florecer en lo más hondo de su pecho como un jardín de ensueños y de sensaciones dulcísimas, y de cosas nobles, de bondades, de delicadezas, de una ternura tan grande que era casi dolorosa?...» Iba dejando a sus espaldas las bellas calles de jardines que se extendían perezosamente hasta las montañas vecinas...

Un aire fino y fresco, cargado de aromas resinosos y fuertes y como recién nacidos, bajaba de los bosques cercanos y se extendía sobre estas calles como un derramado perfume...

Abajo, la ciudad inmensa comenzaba a despertar a los primeros pasos del sol de aquella mañana de agosto... Y lejos, cerrando el horizonte, el mar dormía en la absoluta calma del verano...

¡Qué sorpresa iba a darle!...

Ella no le esperaba hoy, el primer domingo que Hortensia y su familia estaban ausentes de Barcelona.

Sonrió Vicente, imaginando la escena: un pueblecito...; él, que llegaba de improviso..., y «ella», su Hortensia adoradísima de su vida y de su alma, poniendo una extraña y alegrísima cara de sorpresa al verle... «¡Querida mía!»... Le costaba trabajo a él comprender cómo este amor había llegado a adquirir en su alma esta fuerza espantosa de tempestad... Lo pensaba, casi llorando en silencio muchas veces. Sí; él, que nunca tuvo hermanos, que había vivido y crecido hasta los

dieciséis años en aquel humilde y quieto pueblecito de la provincia de Murcia, entre las ternuras de su madre santa, viuda cuando él contaba apenas dos años, habíase visto, desde entonces, solo entre la barbarie del mundo... Era pobre. Y su pobreza y su soledad, al chocar con aquel mundo cruel donde bien pronto había tenido que disputar a los hombres el pan a coces y a mordiscos, de oficina en oficina, habíanle hecho poeta y soñador. El recuerdo de su madre, dulce, tímida, toda ternuras para él, había sido el único refugio de su corazón en las horas de prueba, de dura prueba de la vida... Pero en la vida no se encontraban almas como la de su madre, ni como la que él se sentía vivir por lo más hondo de su pecho: todos eran groseros, egoístas, feroces, brutales...; los hombres no atendían más que a llenar la caja y a saciar la carne...; las mujeres eran en su inmensa mayoría vanidosas y tontas, cuando no eran, además, inmundas bestias de lujuria... En Madrid, en París, en Londres, en Bruselas, a lo largo del mundo cruel y feroz que había ido recorriendo, como ahora en Barcelona, en todas partes donde había tenido que luchar con los hombres y con la vida, había aprendido, en fuerza de dolor, toda la estupidez y la maldad humanas... Y tanto dolor, y tanta soledad, y tanto escarnio del destino con él, en tantos años, habíanle ido formando, sobre un carácter fuerte y vigoroso, un alma triste y soñadora, orgullosa de su propia hermosura, que

él cuidaba de que nadie viera, por temor a las manchas de la vida, de la envidia, del odio... El estudio habíale hecho, además, junto con la experiencia, reflexivo y sereno, y cultivaba con esmero, dentro de él, en lo más noble de su alma, bellos sentimientos que hacíanle amar el campo, el mar, el cielo, como sus mejores confidentes y amigos... Allí, en la soledad de la Naturaleza, encontraba el alma de su alma, y como un espíritu de grandeza y de divinidad que comulgaba con su espíritu en comunión perfecta y como llena de armonía...

La lucha cruel de la vida casi no le había dejado tiempo para el amor...

El amor había sido brutal para él asimismo, desde que, teniendo veinte años, una modistilla madrileña, a la que quiso inmensamente, habíale abandonado, en víspera de boda, huyendo de su casa con un cómico... Desde entonces, casi en diez años, todo sombras y soledad... Cuando veía que una mujer comenzaba a inspirarle interés, se apartaba de ella... Así había querido hacer con Hortensia al principio... Pero... ¡no! ¡Aquí era el amor, el amor santo, el amor puro, el que ennoblece, el que hace vibrar el alma y la eleva y la purifica...

Un instante después, y en este estado de ánimo que era en él casi una congoja, al evocar a la mujer adorada con todas las fuerzas de su alma,



La besaba con una pasión loca.

llegaba al apeadero. Y a los diez minutos, partían.

... ...

Al salir el tren del foso de Aragón, aparecieron ante sus ojos el mar y las montañas. ¡Ah, las montañas, el mar!... En la mañana espléndida y deslumbradora, todo parecía nuevo... Fábricas, almacenes..., casas colosales aisladas..., y he aquí el convoy corriendo entre viñas y entre huertas. «¡Qué sorpresa iba a darle!»...

Vicente sacó la carta.

La dulce carta de ella, y la volvió a leer. Habíanse marchado ellas el viernes, y habíala tenido Vicente ayer, sábado, al llegar a la oficina. Llevaba sello de urgencia...

«Mi queridísimo Vicente de mi vida y de mi alma: No hemos hecho más que llegar hace un instante y lo primero que hago es escribirte, para que veas que mi alma está contigo... Y tú estás aquí, junto a tu Hortensia de tu alma, y yo sufro de ver que tú tienes una vida aparte de la mía, y puedes reír y hablar sin que sean para mí tu risa y tus palabras...»

—¡Querida mía!...

«El pueblecito es muy lindo; está en una colina, y rodeado de viñedos y bosques de pinos. ¡Cuánto voy a pensar en ti por estos campos, Vicente de mi alma, sabiendo lo que te gustan!... ¿Qué harás el domingo?... Aquí hay una fonda

modesta, cerca de nuestra casa; es de lo primero que he querido informarme. No se lo digo a usted para nada, «¡señor independiente!»; pero creo que no olvidará usted a su mujercita, que está muy sola y muy triste. ¡Asqueroso! Te manda el alma y la vida tu

Hortensia.»

Vicente sonrió con inmensa dulzura.

Luego se guardó la carta.

El tren había ido deteniéndose en varias estaciones, y...

—¿Papiol?... ¿Es esto ya Papiol?...

¡Se lo estaba él oyendo a unos señores!...

—Sí, señor, Papiol—le contestó, amablemente, uno de sus compañeros de viaje.

Vibró Vicente. ¡Aquí estaba ella!...

Se apeó, entre un grupo de viajeros que bajaban en la estación humilde..., y comenzó a andar hacia el pueblecito. «¿En cuál de estas casas viviría ella?...» El pueblo estaba, en efecto, encaramado en la cima de una extensa colina. Los campos eran ríentes y muy bellos. Un mar de viñas, a la sazón estalladas de verdes pámpanos, con manchas de un verde muy oscuro que ponían aquí y allá los pinares cándidos... Y el pensamiento de «que la adorada altísima estaba aquí, respirando tal vez el mismo soplo de brisa que a él venía a besarle la frente», llenábale de una hondísima congoja de dulzura...

¿Qué tenía esta mujer?... ¿Por qué veíala él en este azul purísimo del cielo, en el dulce vaivén de los sarmientos cargados de racimos, y en los pájaros que cruzaban, veloces, delante de sus ojos, rasgando el cristal del firmamento?... ¡No sabía!... Su amor inmenso escapaba a todo análisis, y el poeta sólo sabía aquí sentir, sentir, sentir, como deben de sentir los locos, como deben de sentir los dioses... ¡Ella, ella, ella!... ¡Ella, que era el principio y el fin de su vida; la luz, el pan, la hogaza sabrosa, el aire perfumado, la paz del alma y el reposo del pecho atormentado!... ¡Y por ella, para que aquella luz y aquella fuente de miel que era ella en su pobre vida no le faltara nunca, él, él, que sentíase arder en este amor como una tea, sería capaz de...

—¡Oooooh!...

«La había visto», al ganar la primera calle del pueblecito, una calle ancha, bordeada de acacias en flor, con bancos de piedra, que debía ser el paseo del lugar... Le palpitó el corazón..., y se acercaba, se acercaba hacia ella, que iba en un grupo de muchachas, todas de velito, volviendo de la iglesia. La adorada altísima llevaba las manos llenas de paquetes.

—¡Oooh, Vicente!...

—¡Hortensia!...

En ambos fué la emoción enorme al estrecharse las manos. Las demás pollitas, a las que Vicente

hacía una leve inclinación, se alejaban, y los novios quedaron solos.

—¿Te molesta que haya venido?

—¡Salvajote!... ¡Querido de mi alma!—le contestó, besándole con los ojos, la muchacha queridísima. Y luego, contentísima, con una alegría que le vibraba en la voz y brotaba de sus pupilas de ébano, Hortensia añadió: —Oye, escucha, mira, ¿quieres?... ¿Ves aquel pinar?... ¿Allí, al lado de aquellas viñas?...

—Sí.

—Bueno, pues, mira: si quieres, vete allí y me esperas. Yo iré dentro de media hora. Ahora déjame volver a casa, a entregar esto a mi hermana y a ponerme otro vestido.

—Muy bien. ¿Cuál es tu casa?

—Mira, aquella de los balcones verdes. ¡Adiós, Vicente!

—¡Adiós, mía!

Se separaron. El la vió marchar, gentil, tan llena de gracia, sonriéndole a cada vuelta de su cabecita de pájaro... ¡Oh, Dios, cómo la quería!...

¿Qué tenía esta mujer, que habíale enloquecido de cariño a él, de ordinario tan reflexivo, tan sereno?... ¿Qué tenía?... ¿Es que era esto «la pasión», la pasión bárbara, brutal, que florece a los treinta años en las almas fuertes como la suya?... ¡No, no se lo explicaba!... Le era necesario reconocer de nuevo, como siempre que pensaba en ello, que aquí sólo sabía sentir, sentir

hasta un grado doloroso de tan fuerte y de tan dulce, y sentía como deben de sentir..., ¡¡sí, sí, los locos!!..., sin pensamiento, sin reflexión, sin raciocinio..., «con locura»... Y le daba horror pensar que «si esta mujer quisiera, si esta mujer se lo mandara, él, sólo por verla sonreír, robaría y mataría»...

Con una extraña y casi cruel sensación «de vencimiento», de un «vencimiento dulce», que le daba esta mujer adoradísima, comenzó a andar en dirección a los pinos.

Era uno de esos caminos solitarios que zigzaguean y suben y bajan entre los campos de viñas. Viñas, viñas todo esto. Los pámpanos amarilleaban bajo el beso del sol ardiente, que comenzaba a tostar los racimos. El paisaje, de una dulzura idílica, veíase abandonado en la paz del domingo aldeano. Un riachuelo bordeado de altos álamos, inmóviles en la mañana serena y azul, iba a perderse en el río lejano, a través de una cañada cubierta de maleza y de pequeños grupos de pinos. Aquí y allá, muy lejos unas de otras, se elevaban sobre las colinas pequeñas «masías» o cabañas de pastores. Y un aire muy suave, muy puro y muy fresco, mezcla de olor de frutos que maduran y de flores silvestres y pinar, pasaba sobre la campiña, meciendo cariñosamente y con dulce rumor los pámpanos...

Vicente ganó el pinar.

Desde aquí veíase el pueblecito, pequeño, dominado por la iglesia vetusta y por las ruinas de un castillo.

Luego se quedó mirando la casa de «ella»..., de «ella», que lo era todo en su vida. Ya entraba en la casa de su hermana, en Barcelona, y habían comenzado a hablar de boda. ¿Por qué no? ¡Sí, sí!... El estaba muy solo en la vida; no tenía familia, ni hogar..., y así se seca el corazón... El era, además, un hombre de hogar, de estudio, de recogimiento y de trabajo... En ¡un París! y en ¡un Londres!, su vida, sin ser de fraile tampoco, no había sido nunca desordenada ni gastada en cosas miserables... Estudiaba los idiomas (hablaba y escribía correctamente Vicente cuatro idiomas: francés, inglés, alemán, italiano)..., iba a los buenos teatros siempre que podía, a la ópera y a los grandes conciertos, y se apasionaba por la música y los deportes, visitaba los museos, frecuentaba los hipódromos, las bibliotecas..., y era, en fin, su espíritu un espíritu elegante, de *élite*... Y así soñaba un hogar, ¡oh, no sabía explicarlo!..., humilde, sí, desde luego, pero tan lleno de cariños santos, de respetos mutuos, con una mujer adoradísima... Y así había llegado a adorar a esta mujer, a «su mujer»..., puesto que Hortensia había sido casi suya: en varias ocasiones, en la casa de ella, las tardes de los domingos, que ellos pasaban solos en la salita del piano, las manos de los dos, las bocas de los dos, los brazos y las almas,

se habían unido en un enorme beso de amor y de locura..., como un rosal que estalla...

«La vió» venir, de pronto, a lo largo del camino. Era una inmensa amapola que avanzaba su bella sombrilla roja... Llegó... y él le dió un inmenso beso y un abrazo allí mismo, a pleno sol, en medio del camino.

—¡Mía de mi alma!...

—Vicente.

—Perdóname que te haya hecho esperar un poquito... ¡Ay, son más pesadas!... Entre mi hermana y Carolina me traen loca... Se han quedado preparando unas croquetas... ¿Me quieres?...

¡Voluble, encantadora, él le dió otro beso, otorgando de todo corazón el perdón que le pedía!

—Tú estás siempre conmigo, chiquilla. Mire a donde mire, mis ojos siempre te ven. ¡Dulce de mi pecho y de mi boca!

Un nuevo beso les unió los labios... y esta vez se prolongaba...

El néctar de la gloria ponía en las venas de los dos la fiebre de eternidad...

—Ven, vamos a sentarnos—pidió él, abrasado de besos y de abrazos por aquella boca de coral, por aquellos brazos de azucena que le enloquecían al estrecharle.

Entraron en el pinar y se sentaron, en efetco, a la sombra, junto a un tronco. El la tenía en seguida enlazada por el talle, dulcemente, y era una sensación de delicia sobrehumana «sentirla sobre

él, junto a él»..., y mirar sus ojos allí, a medio palmo de los suyos..., y oírla susurrar en voz apenas perceptible las palabras de oro inolvidables..., y verla sonreír... mostrando sus dientes de nácar y de nardo...

—¡Di, di, di!..., ¿por qué, por qué este cariño, esta locura por ti, esta locura de amor, que casi me hace malo de tanto que te quiero?... ¿Qué tienes tú, qué tienes, dime, dime, Hortensia mía, para haberme hecho llegar a quererte de este modo? ¡Porque ya no tengo vida ni alma, ni sosiego, ni pensamiento, ni ilusiones, ni anhelos... fuera de ti; porque tú lo eres todo, todo, todo, y fuera de ti todo es en el mundo mentira y todo es triste!... ¡Ay, mía!...

La besaba con furor, con una pasión loca, mezcla de amor purísimo y de un hambre rabiosa de las carnes de «ella», de la boca de «ella», de los ojos de «ella»... ¡Era la pasión, una pasión casi divina de tan grande, porque en ella entraba todo, el amor espiritual, con unas ternuras que le desgarraban el pecho y el pensamiento, y el amor brutal, el amor carnal; una especie de locura furiosa por las manos de «ella», por los brazos de «ella», por su boca, por su saliva, por el olor irresistible de estos senos de magnolia que acababan de encontrar y destapar sus manos... Y «ella», «ella», que veía «la verdad», «la locura» de este amor inmenso, enorme, casi mortal de tan fuerte, de este hombre..., ganada también por el alma y

por la vida y por la carne de este hombre tan apasionado y tan... «loco»..., sentía hervir y sonreír su boca, sus ojos, su sangre, su vida entera..., y se rendía, se rendía, con una dulzura casi mortal a las caricias y las palabras de este hombre divino... sin saber decir sino: «¡Sí, sí, sí, sí!...», en un tono desmayado a aquella boca..., y a aquellos ojos..., y a aquella carne suplicantes... Ya ardían los dos..., los dos a un tiempo..., y las carnes y las vidas se besaban..., se estrechaban en una locura divina, en un olvido de todo lo que no fueran ellos mismos..., y aquellas manos y aquellas bocas que se extendían agonizantes de dulzura y de ofrenda...

—¡¡Sé mía, mía, mía, toda mía, mía entera!!—dijo el hombre, enloquecido de pasión, con los dientes apretados y el rostro furioso, y las manos hundidas entre los senos y el vientre de la hembra, que tenía sangre en los labios...

—¡¡¡Toda tuya, tuya, tuya, tuya, tuya entera, alma y vida!!!—contestó la mujer con un gemido doloroso, cerrando los ojos, abriendo los labios y ofreciéndose toda blanca, como un inmenso corazón...

Y... ¡¡¡fué un abrazo brutal, feroz, como el que deben darse los gorilas en los bosques solitarios!!!... ¡¡Unidas las bocas, los dientes, los brazos, las piernas, las sangres..., retumbaron por el bosque y por los campos y subieron hasta el cielo los gemidos de las dos criaturas...



AYA, adiós, querido!... Y conste que me quedo muy triste de verte marchar así. ¡Di!, ¿qué tienes?

—Nada, mujer. ¿Qué quieres que tenga?... ¡Anda, mira, la gente va más ligera! Se me va a marchar el tren...

—Bueno, adiós, hijo de mi alma. Y perdóname que no baje a la estación. Sabes que me esperan para ir al «entoldado». ¡Cuánto siento que no te quedes aquí hasta mañana!

—No puedo. He de hacer esos trabajos que te he dicho para el despacho. ¡Adiós!

Se despidieron.

Hortensia quedó aquí, donde se iniciaba un descenso del terreno, mirándole bajar la cuesta. A mediodía se había puesto un traje blanco, de piqué, y cruzó los brazos detrás de la espalda, que-

dando inmóvil para parecerle al otro, desde abajo, algo así como una estatua griega...

Sino que... ¡diablo, diablo, sí!... El ceño de la inmensamente cínica se frunció un tanto..., se fué frunciendo luego más y más, conforme el... «novio» (¡bueno!) iba avanzando y avanzando, sin volver siquiera la cabeza. ¡Diablo, diablo!... ¡Esto era grave!... Sólo allá, cuando el camino hacía un recodo, a cerca de doscientos metros, él «se dignó» volverse un instante, agitando de un modo leve la diestra...; pero tan levemente que Hortensia, que veía mejor que un lince, pudo distinguirlo apenas.

Sin embargo, a prevención, había sacado la chiquilla su pañuelo y lo agitó de un modo loco, al tiempo que sus labios murmuraban a media voz:

—¡Adiós, adiós..., «cabrito» mío!...

Luego, sonriéndose el chiste, se encaminó de nuevo al pueblo.

Se encogía de hombros, en silencio, pensando, evocando todos los... «detalles». Sí, era evidente que «se había dado cuenta de todo». Desde las once en que... «ocurrió la cosa», Vicente habíase mostrado serio, triste, triste, triste, con una tristeza inocultable, que en vano intentaban borrarle las lluvias de besos de ella... «¿Qué tienes?...» «¡Nada, mujer!...» «¡Sí, sí, algo me ocultas!... ¡Te lo noto yo, lo siento, lo percibo!...» Y varias veces, en los silencios, ella había podido leer en las pupilas del novio un odio loco, una furia con-



La carta era de un desconocido.

tenida a duras penas, el deseo brutal de lanzarle al rostro, con una lluvia de injurias, de insultos y de palabras de carretero, el escupitajo humillante y final...

Por suerte, ella, astuta, sagaz como una hiena y una loba, había sabido conjurar la tormenta, arrastrando poco después a Vicente hasta la sombra de aquel ribazo, donde se le dió de nuevo..., con rabias y con pasión infinitas... Se separaron tres cuartos de hora para comer..., y a las dos ya estaban de nuevo juntos... Ella (¡oh, sí, si conocería ella a los hombres, bah!...) se apresuró a proponerle que se salieran del pueblecito otra vez, perdiéndose por aquel camino de las viñas... y escondiéndose entre los pámpanos... Y allí..., con su bata verde, muy escotada, que habíase puesto para el... «caso», sin cintura apenas, de leve seda japonesa..., «lo volvió loco de caricias»..., echando para ello mano de «su repertorio número 3», que hizo al hombre bramar, últimamente, de una lujuria del infierno..., y darle a ella, en el instante del placer horrible, sabio y buscado, aquel mordisco que la hizo sangre...

Pero bien, de todos modos, aunque claro es que Vicente no pudo por menos de sufrir el imperio y la influencia potentísima de la belleza de... su cuerpo blanco y suave, de sus carnes que emanaban el perfume y el agua clara de su juventud de veintinueve años..., comprendía Hortensia que «no se le quitaba la mala impresión horrenda de...

la primera vez». ¡Sí, había comprendido, había comprendido!... A partir de las cuatro, tal vez también cansado de las caricias locas, dijo de volverse a Barcelona inmediatamente. Y no hubo medio de retenerlo.

Alegaba que tenía que hacer unos trabajos urgentes para la oficina.

—¡Bien!—díjose ahora, en voz baja, la hermosamente cínica—; estemos preparadas «a todo evento» para recibir mañana una cartita del... «cabrito» plantándome. ¡No se ha atrevido ahora! Después de todo..., ¡¡lo que me importa Vicente, o Mariano, o Luis..., o el arzobispo de Constantinopla!!... mientras yo tenga mis miles de duros en el Banco y el otro... imbécil de Rives que me paga a tanto «la sesión». ¡Hala, hala!... Vamos a casa a vestirnos para el entoldado, y a ver a ese chico que ya ayer se me insinuaba y nos dijo el médico que es el más rico del pueblo... Fabricante, o hijo de fabricante de medias y calcetines. ¡Digo! ¡Diez mil pares diarios!... Y que dicen que tiene a raya a todas las fábricas de géneros de punto de Mataró... ¡Aire, a bailar!... Después de todo, si es verdad que Vicente «se ha dado cuenta», podré decir, al menos, que he encontrado un hombre listo en mi vida..., ¡¡porque cuidado si son bestias y estúpidos y tontos, con sus aires de suficiencia y su empeño de aparecer siempre superiores a nosotras!!... ¡Sería cosa de felicitarlo!...

Y, sonriendo a su pensamiento audaz, entró en su casa y se dispuso a vestirse...

... ...

Mientras tanto, el tren se llevaba a Vicente a Barcelona. Iba muerto.

La dulce fatiga de aquel completo rendimiento de amor no era nada ni suponía nada en su naturaleza fuerte ni en su alma, junto a... la catástrofe horripilante de su desengaño. ¡Ah, la infame, la impura!... ¡Había podido él comprobar con toda exactitud que... no era virgen, y al escarnio de su amor, la ramera, la impura, la... «golfa» añadía el escarnio de la burla!...

Se encontró en el apeadero de Gracia sin darse cuenta. Oscurecía, y calles y paseos tenían la animación cándida y alegre de las tardes de domingo veraniego. Pasaban atiborrados los tranvías. Cruzaban grupos de muchachas, que miraban con ojos de fuego, vestidas con trajes vaporosos, semejantes a grandes flores... En las glorietas, en los jardines, los niños jugaban con grandes gritos, bajo la vigilancia de las mamás graves y las amas vestidas de pasiegas...

En el alma de Vicente se comenzó a operar una reacción saludable.

Se sentó en el jardincillo de un bar, en un paseo, y pidió una limonada.

Sonrió luego.

¡Diablo!... Era preciso reírse de la... aventura. Y como dijo el chusco, «de la aventura y de la aventurera». Otra cosa sería hacer el ganso sencillamente.

Se encogió de hombros. ¡Hechos consumados!... Un mucho, es verdad, le escocía, en el mismo corazón, el desengaño horrible, por encima de esta ironía suave con que él se esforzaba de analizar ahora lo ocurrido. Pero ¿qué hacer?... ¿Matarla?... ¿Dejarse, acaso, llevar por la amargura que le acometió al principio, al quedarse solo y ver, a sus pies mismos, un abismo de vergüenza y de escarnio, que le hizo cerrar los ojos y pasar por el pensamiento la sombra de una bala?... ¡Bah, bah!... ¿A qué esforzarnos en la vida en dar valor a lo que no lo tiene?... ¿Qué culpa le cabe al que compra por bueno un brillante y luego le resulta falso?...

¡Su dolor!... ¡¡Ah, sí, irremediable!!... Pero que iría muriendo con el tiempo. Ahora estaba bajo la influencia enloquecedora del desengaño y la sorpresa brutales. ¡Ah, su pena, al comprobar que aquella mujer era una mujer del arroyo!... Su amor, su ternura, su respeto casi sagrado por aquella mujer adoradísima, todo lo santo, todo lo noble, todo lo bueno que puede vivir en el corazón, habíase trocado, de golpe, como de un mazazo en pleno pecho, en un odio feroz, en una rabia sin límites ni medida, en un deseo malsano de hacerle mal, de golpearla, de herirla...

Le parecía una especia de *Inri* en su pobre vida

el hecho de venir de media Europa, de haber luchado como un héroe o como un mártir..., y encontrarse, en otra urbe inmensa, a una mujer impura, a la que él había entregado su alma entera.

Mas... ¿qué remedio?... En un instante, con la lucidez y la rapidez eléctrica que tiene el alma en los momentos solemnes y graves de la vida, en los momentos de peligro, Vicente se trazó un plan que estaba seguro de ejecutar con la voluntad férrea que siempre había tenido: ¡se acabó! Desde el día siguiente, a trabajar como de costumbre, sin acordarse más para nada de que existía tal mujer.

Ella esperaba una carta, de seguro..., puesto que él vió claro que ella... «comprendió que él había comprendido»; pero ¡no! ¡Se equivocaba! Mujeres como aquélla no merecían que un hombre bueno se tomara la molestia ni las guardase la última cortesía de un adiós, por breve que fuera. «¡Puah!... ¡Un escupitajo, el escupitajo moral del desprecio absoluto, de apartarse para siempre sin la más leve explicación, sin una palabra...», como se hace con las mujeres de la calle...

Vicente pagó y se fué lentamente hacia su casa, andando, sin querer tomar tranvías.

No podía ni siquiera soñar remotamente en cenar. Se habría muerto. Deambuló tristemente por su barrio, entre jardines, varias horas, a la luz lechosa de la luna, aspirando con delicia el perfume de las flores, de las acacias y las mimosas en flor, que salían por encima de las verjas, de los valla-

dos... A las once, harto de andar, fatigado un tanto, pero con la misma lucidez y la misma decisión que tenía al levantarse del bar cuatro horas antes, se fué a su casa y se acostó sin ver a nadie.

Su alcoba y su gabinete estaban en el piso principal de la «torre», y eran completamente independientes.

Durmió mal, con un sueño intranquilo.

El nuevo día, radiante también, le trajo un poco de calma. Se puso el traje blanco, los zapatos de lona..., y a las ocho ya andaba otra vez por los jardines de su barrio. Al fin se fué al despacho, luego de desayunar ligeramente en un bar de la calle de Salmerón.

Sino que... ¡oh!... En el despacho, además de la carta de la... «novia» (¡diablo!...), se encontró Vicente con otra carta.

Casi no leyó la de Hortensia, larguísima, y que la muchacha habíale escrito a la madrugada, al volver del baile del entoldado, «por si acaso Vicente era como los otros y no se volvía atrás». Era una carta de pasión, maravillosamente fingida. «¡Esposo mío de mi alma y de mi cuerpo..., hijo querido de mi sangre y de mis ojos...»; en una palabra, todo o casi todo el repertorio «en do menor», según frase consagrada de Hortensia para casos semejantes.

Vicente se la guardó, con una sonrisa de ironía, de inmenso desprecio, sí...; pero sin tener valor para romperla, como proyectó ayer tarde.

Mas... la otra carta... ¡Ah! ¡Sorpresa! ¡Diablo, sí, sorpresa, ¡y grande! Era de un desconocido y estaba escrita en estilo eléctrico. Decía así:

«Señor don Vicente Tolosa.
Ciudad.

Muy señor mío: Para informarle de un asunto de grandísimo interés para usted, y *en el que le va tal vez el nombre y el honor,* le ruego tenga la bondad de venir, esta misma tarde, por el *Café de la Rambla,* frente al *Siglo.*

Le esperaremos de cuatro a cinco.

Suyo s. s.,

Anselmo Cortés.»

¿Qué era esto?...

El resto del día, hasta la hora de la cita, lo pasó Vicente nervioso, intranquilo, con un extraño presentimiento de que aquella carta estaba relacionada con Hortensia...

Dieron las cuatro.

Vicente se encaminó al café.

Y allí... ¡Oooh!...

Se encontró con dos señores desconocidos, uno de unos treinta años y el otro ya bien entrado en los cuarenta. El más joven parecía muy agitado y nervioso. Le invitaron a sentarse... y comenzaron a contarle cosas execrables:

—Bueno, verá usted, señor. ¡Y perdone que le hayamos molestado; pero estamos bien seguros de que nos lo ha de agradecer!... Se trata de Hortensia Millet, esa señorita con la que usted piensa casarse...

—Ya no—interrumpió al desconocido de más edad, Vicente.

Los otros se miraron con una larga sonrisa.

—¿Cómo?...

—¿Cómo?...

—Como que no, señores. Se ha roto la boda...

—¡Ah, perfectamente! Pues mire, la enhorabuena, porque Hortensia le engañaba a usted... y a nosotros, ¡la verdad!..., con cuarenta; mire, este señor, Marianito, don Mariano, era «novio» suyo también; ¡vamos, «novio», usted ya nos comprende!, hasta anteayer, sábado, en que rompieron, por carta. ¿Quiere usted una prueba?

El desconocido hizo una pausa; y, sin dejar de sonreír, echóse una mano al bolsillo... y extrajo un puñado de cartas..., ¡de cartas del propio Vicente!; un retrato de él, dedicado a la infame; unos versos, unas entradas de teatro, en cuyo dorso él había escrito unas líneas de pasión, en un entreacto, con su misma estilográfica... Todo esto se lo había entregado Hortensia a don Anselmo (este señor) semanas antes...

Luego, mientras Vicente, mudo, lívido, sentía que un sudor de agonía le corría por la frente y por el rostro, le fueron «informando» plenamente: sí, Hortensia le engañaba con «cuarenta»; le daban, con todo detalle, los nombres y las señas de

diez o doce señores, «todos los cuales habían tenido o tenían «algo que ver» con Hortensia». Y don Anselmo, que era el que llevaba la voz cantante, añadió, resumiendo:

—Esa mujer es, ¡y no se ofenda, señor; ya ve que se lo decimos por su bien, para que se desengañe!, una de estas modernas golfas de sombrero, una *cocotte*... ¿Cómo diré yo, diablo?... ¡«De cente», vaya!, si me deja usted decirlo así. ¡Una mujer peligrosa, puede usted creerlo! Tiene, que se sepan, dos o tres amantes, entre ellos un tendero de telas que posee una «torre» en la Bonanova, y donde nos consta que va Hortensia con frecuencia... ¿Le queda a usted duda aún, señor?... ¡Pues mire! ¡Vaya usted viendo!

Y don Anselmo extendió ante los ojos de Vicente, velados por una nube roja, otra serie de cartas de la infame, escritas en el mismo papel con que a él le escribía, con los sellos del correo de cinco o seis fechas atrás únicamente, dirigidas a «Marianito» y a otros «novios» que no habían querido o no habían podido venir...

—En resumidas cuentas—terminó el señor Cortés, con una sonrisa burlona—; ya ve usted que se trata sólo de ponerla a usted en autos, para que no haga usted la «tierra baja», que decimos por aquí; ¿usted me comprende?... Con decirle a usted que esa mujer ha sido mi amante también, sabiendo que yo soy casado, y que me ha dado luego no pocos disgustos con mi esposa, porque le

mandaba anónimos... Es mujer de peligro, de un cinismo sin medida... Usted, naturalmente que no sabía nada. ¡Tome usted otro puro! Pero se junta con diez y doce, y hay varios en Barcelona que le siguen el bulto y se las tienen juradas. Apártese usted de ella: es un buen consejo. Aquí, a Marianito, también se la ha jugado de puño ya dos veces. A mí no me extrañaría leer un día en los periódicos que la habían acribillado a tiros, como a un perro, en el arroyo. Para eso le hemos molestado; porque me había dicho Marianito que iba usted a casarse con ella... Ya ve: lo sabemos por ella misma, que, al hablar de usted y de su posible boda, ¡¡no quiera saber, cómo le pone!! ¿Me da usted lumbre?...

Y el pozo de ignominias, de infamias, de lodo, saliendo a la superficie, como sale la inmundicia de una cloaca que se revienta, continuaba y continuaba cayendo sobre el alma de Vicente, sobre sus bondades, sobre sus noblezas, sobre lo mejor y lo más santo y lo más alto de él..., que agonizaba de fiebre, de espanto, de horror..., de un horror de un hombre bueno que se viera a las puertas del presidio, al pie del cadalso..., y entre un mar de sangre..., y que, al quedar solo, una hora después, veía ante sus ojos todas las cosas como cubiertas con inmensos paños bermejos..., negros más tarde..., en un horrible y definitivo acabamiento de la vida y del mundo...



ORTENSIA se disponía a marchar a Barcelona, alarmada por el obstinado silencio del «novio», después de nueve días, cuando la detuvo el cartero, dándole una carta.

La abrió allí mismo, camino de la estación. Y pudo leer, con una gratísima sorpresa:

«Queridísima Hortensia: Estarás muy alarmada por mi silencio de estos días. No me culpes. He estado unos días en cama. Y te escribo para decirte que, si quieres hacerme feliz, vengas mañana, lunes, a Barcelona, pues yo no trabajaré. Te espero a las cinco o cinco y media en el apeadero de la Bonanova. Te cito allí porque sabes me coge cerca de casa, y no estoy para andar mucho. Te manda el alma y te espera tu

Vicente.»

¡Ah, vamos; esto ya era otra cosa!

Hortensia cogió el tren, y una hora después llegaba al apeadero donde la esperaba el novio.

Un tanto la molestaba que la cita fuera por estos barrios, donde estaba la torre de su amante, el señor Rives; pero ¿qué remedio?...

—¡Alma!—dijo solamente Vicente, acogiendo a la chiquilla entre sus brazos.

Hortensia comprendió que Vicente había estado enfermo. Las ojeras, como suele decirse, «le arrastraban», y estaba pálido, con una expresión triste en su rostro interesante de poeta. Ella, haciéndose la gatita, comenzó a censurarle su silencio. Pero él le quitó importancia a lo que había tenido, y tiró de ella, calle de Ganduxer arriba.

Así, hablando animadamente, llegaron al paseo de la Bonanova. Y Hortensia comenzó a alarmarse seriamente viendo que «el novio» (¡bueno!), en vez de torcer, seguía tirando de ella hacia la montaña, precisamente hacia el sitio por donde se encontraba la torre de su amante. Hortensia comenzaba a crisparse, sin dejar de sonreír. Ahora iban por la callecita de Vilana. Sino que las alarmas de la muchacha comenzaron a convertirse en pánico al ver que, momentos después, el «novio» viraba hacia la izquierda y subían la calle de la Escuela Pía. Hortensia se reprochaba interiormente el andar por aquí. Y se paró en seco:

—¿Adónde vamos por aquí, alma?

—¿Por aquí?... ¡A pasear!... ¡Tengo ganas de



—Quiero que lleguemos a los pinares...

darte un beso enorme... y quiero que lleguemos a los pinares de la Escuela. ¡Vamos para arriba! ¡No, por aquí!...

¡Horror! Hortensia vió que «su novio» torcía ahora la calle de Margenat. Tres «torres» más abajo estaba la de su amante. Y aunque Rives no subía nunca por aquí, y menos ahora, sabiéndola a ella ausente, el demonio podría hacer que...

De pronto se cortó su pensamiento. Hortensia, que, crispadísima, iba ahora con la vista fija en el suelo, levantó la cabeza, oyendo decir al «novio», que, precisamente, la iba hablando ahora del «nido de amor y de ternuras que formarían los dos»:

—¡Calla, mira: una torre por alquilar! ¡Vamos a ver lo que renta!...

¡Horror, sí, horror! ¡Era la torre de su amante, que tenía unos incomprensibles papeles atados a la verja.

Hortensia intentó resistir:

—¡Pero, hombre, por Dios, ¿estás loco?... ¡Una «torre» como ésta para pedirte quinientas pesetas al mes... ¡Pobres de nosotros!...

Fué a dar un paso atrás, tirando, de paso, del «novio de mi alma», al que estaba interiormente maldiciendo; pero entonces tuvo otra sorpresa, enorme esta vez, la muchacha: «el novio» la sujetaba ahora con mano férrea, y la obligó a ir con él hasta la verja, al tiempo que decía:

—¡De todos modos, vamos a verlo!

—Pues yo me voy.

—¿Que te vas?... ¡No, mujer! ¡Ahora no te vas!

—¿Cómo que no?...

Fué ahora, en este mismo instante, en este preciso segundo, cuando Hortensia comprendió, llevándose una mano al pecho, al tiempo que se ponía lívida: la había metido en una encerrona. Por el fondo del jardincillo, haciendo un ruido sobre la arena que a ella se le antojó siniestro, acababan de surgir dos hombres: eran... Marianito y Luis, dos de «sus novios». Avanzaban sonriendo, y ella lanzó un leve grito, y, haciendo un esfuerzo desesperado, escapó.

Los tres hombres quedaban a sus espaldas, viéndola marchar, vacilante, con el sombrero torcido y unos pasos largos, lamentables, de sufragista inglesa corrida...



EPILOGO

La idea, que Vicente tardó en aceptar algún tiempo, había salido de Marianito. Luego de la entrevista de Vicente con don Anselmo y con Mariano, en el café, una tarde, al salir del despacho el poeta se encontró con Marianito y con otro joven. Lo pararon, y Marianito presentó al otro señor: era... ¡vamos, «un colega»! Otro novio de Hortensia: Luis... Y el desconocido comentó con una gracia loca:

—¡Bueno, «Luis XIV» lo menos, por lo visto, porque, ¿sabe usted?..., la tal Hortensia ha tenido, que yo sepa, otros novios, cinco o seis, que se llamaban como yo.

Fueron a la terraza de un café y hablaron. Marianito parecía también (¡el pobre!) sinceramente enamorado de la... golfa. «Luis XIV» estaba más sereno. Total: que acabaron riendo los tres a todo trapo y reconociendo, de paso, que Hor-

tensia era una muchacha de inmensísimo talento, una verdadera mujer del tiempo de la «Pompadour», y la «Montespán», y la «Manón»..., del tiempo galante de Richelieu..., digna de haber llegado a ser la amante del rey-sol.

—Sí—cerró Marianito, oyendo este panegírico, que no hay que decir era Vicente el que lo hacía—; pero no me negará usted que «Montespán» y todo, o «Pompadour» y todo, la estaría bien empleado que le diéramos un escarmiento. ¿Quieren ustedes?...

—¿Qué?

—¿Qué?

—Pues muy sencillo: yo sé dónde está la torre de su amante, en la Bonanova...; usted, Vicente, la cita aquí, a Barcelona, fingiéndose enfermo o que hacen las paces..., y «Luis XIV» y yo nos escondemos en la torre del señor Rives, donde no hay nunca nadie..., con una llave de la verja, que no nos será difícil encontrar. Nos esconderemos por el fondo del jardín, sin tener que entrar para nada en la casa... y le damos su merecido. ¿Qué les parece a ustedes?...

... Y así fué cómo la «Pompadour» de nuestros días encontró un día, el que menos lo esperaba, la horma de su zapato...

No escarmentó Hortensia por esto. Ahora, para evitarse disgustos y encuentros como los de Vicente y Marianito y «Luis XIV», su talento portentoso ha encontrado otra solución mejor: cita a sus amantes «dos a dos», como los números primos, y... así nadie se llama a engaño.



EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1. *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2. *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3. *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4. *Encarna la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5. *La pluma verde*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
6. *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7. *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.
8. *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9. *Febrerillo el loco*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
10. *Las canas de Don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11. *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12. *La noche clara*, por Alfonso Hernández-Catá.
13. *La virtud sospechosa* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
14. *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15. *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16. *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17. *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18. *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19. *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20. *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21. *Madame Buterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22. *Colonia de lilas*, por José Fernández del Villar.
23. *La locura de Don Juan*, por Carlos Arniches.
24. *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25. *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26. *Rosa de Madrid*, por Luis Fernández Ardavín.
27. *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28. *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñez Seca.
29. *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30. *La hija de Jorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31. *La galana*, por Pilar Millán Astray.
32. *La malquerida*, por Jacinto Benavente.
33. *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34. *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35. *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
36. *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37. *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38. *La Prudencia*, por José Fernández del Villar.
39. *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40. *Madame Pepita*, por Gregorio Martínez Sierra.
41. *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42. *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43. *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44. *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñez Seca.
45. *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46. *El bandido de la sierra*, por Luis Fernández Ardavín.
47. *La intrusa*, por Mauricio Maeterlinck.
48. *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49. *Los Leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.
50. *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.
51. *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.
52. *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53. *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
54. *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55. *La raza*, por Manuel Linares Rivas.
56. *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
57. *La noche del sábado* y *Le ley de los hijos* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
58. *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extra.: 60 cts.), por Jacinto Benavente.
59. *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60. *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61. *El azar*, por Federico Oliver.
62. *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
63. *Los hijos del rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64. *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65. *...Y después?*, por Felipe Sassone.
66. *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67. *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68. *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69. *El último mono*, por Carlos Arniches.
70. *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71. *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.
72. *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73. *La jaca torda*, por José Mayral.
74. *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75. *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76. *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77. *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78. *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
79. *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80. *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81. *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
82. *«En Aragón hi nacío»*, por Arniches y García Marín.
83. *La mala ley* y *Primero, vivir* (extra.: 1 pta.), por M. Linares Rivas.
84. *La hija de la Dolores*, por Luis Fernández Ardavín.
85. *María Fernández*, por Pedro M. Seca y P. P. Fernández.
86. *Todo tu amor*, o *Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
87. *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
88. *La mujer que necesito*, por E. Thuillier y S. L. de la Hera.
89. *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90. *La cantadora del puerto*, por Luis Fernández Ardavín.
91. *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.
92. *Anita la Risueña*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
93. *La neña*, por Federico Oliver.
94. *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
95. *Bartolo tiene una flauta*, por Muñoz Seca y P. Fernández.
96. *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.
97. *Doña Desdenes*, por Manuel Linares Rivas.
98. *Hamlet*, por Shakespeare.
99. *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.
100. *La venganza de la Petra* o *Donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.
101. *El doncel romántico*, por Luis Fernández Ardavín.

102. *La buena suerte*, por Pedro Muñoz Seca.
103. *Pimienta*, por José Fernández del Villar.
104. *Amanecer*, por Gregorio Martínez Sierra.
105. *Yo, tú, él... y el otro...* y *Noche de amor*, por Felipe Sassone.
106. *El carro de la alegría*, por A. Valero Martín y E. Carrère.
107. *En cuerpo y alma*, por Manuel Linares Rivas.
108. *El huésped del Sevillano*, por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.
109. *Campo de armiño*, por Jacinto Benavente.
110. *Dios dirá*, por Joaquín y Serafín Alvarez Quintero.
111. *La juerga*, por Federico Oliver.
112. *La novela de Rosario*, por Pedro Muñoz Seca.
113. *Juan de Mañara*, por Manuel y Antonio Machado.
114. *A martillazos*, por Manuel Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.
115. *El hijo de Polichinela*, por Jacinto Benavente.
116. *¡Calla, corazón!*, por Felipe Sassone.
117. *Mamá*, por Gregorio Martínez Sierra.
118. *El astrólogo fingido*, por P. Calderón de la Barca.
119. *Las zarzas del camino*, por Manuel Linares Rivas.
120. *La niña de los sueños*, por José María Granada.
121. *La mariposa que voló sobre el mar* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
122. *Flores y Blancaflor*, por Luis Fernández Ardavín.
123. *La virgen del infierno*, por Alfonso Vidal y Planas.
124. *El señor Adrián el primo* o *Qué malo es ser bueno* (extra.: 1 pta.), por C. Arniches.
125. *Dale un beso a papá*, por Antonio Suárez.
126. *Solera fina*, por J. Abati y J. Fajardo.
127. *El coloso de arcilla*, por Luis Araquistain.
128. *Contra genio, corazón*, por Luis Uriarte.
129. *La Lola* (extra.: 60 cts.). por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
130. *Paloma*, por Felipe Sassone.
131. *El doctor Frégoli*, por Erzeinoff, versión de «Azorín».
132. *Catalina María Márquez*, por Francisco de Viú.
133. *Un caballero español*, (extra.: 1 pta.), por L. Manzano y M. de Góngora.
134. *Los hijos de trapo*, por Emilio Méndez de la Torre.
135. *El caballero Lobo*, por Manuel Linares Rivas.
136. *La eterna invitada*, por J. I. Luca de Tena y M. de la Cuesta.
137. *Brandy, mucho brandy*, por «Azorín».
138. *El juramento de la Primorosa*, por Pilar Millán Astray.
139. *La muerte del dragón*, por Pedro Muñoz Seca.
140. *La boda de Quinita Flores*, por S. y J. Alvarez Quintero.
141. *Contrabandista valiente*, por Joaquín Dicenta (hijo).
142. *No tengo nada que hacer*, por Felipe Sassone.
143. *Los marineros*, por Enrique Suárez de Deza.
144. *Aire de fuera*, por Manuel Linares Rivas.
145. *Sinrazón*, por Ignacio Sánchez Mejías.
146. *La protegida*, por Manuel Fontdevila.
147. *Maitena*, por Etienne Decrept.
148. *Old Spain*, por «Azorín».
149. *El príncipe de Dinamarca* (versión libérrima de *Hamlet*), por Fernando de la Milla.
150. *La chica del Citroën*, por E. Suárez de Deza.
151. *Como Dios nos hizo*, por Manuel Linares Rivas.
152. *La vida sigue*, por Felipe Sassone.
153. *La tonta del bote*, por Pilar Millán Astray.
154. *Cabrita que tira al monte*, por S. y J. Alvarez Quintero.
155. *Los gorriones del Prado*, por Alfonso Vidal y Planas.
156. *La ilustre fregona*, por Diego San José.
157. *Comedia del arte*, por «Azorín».
158. *Frente a la vida*, por M. Linares Rivas.
159. *Los Cuatro Caminos*, por A. Custodio.
160. *Los salvajes*, por Alberto Ghiraldo.
161. *Los pastores*, por Gregorio Martínez Sierra.
162. *El chico de las Peñuelas*, por C. Arniches.
163. *Martierra*, por A. Hernández-Catá.
164. *El cuarto creciente* y *El señor Sócrates*, por M. Linares Rivas.
165. *Los que no perdonan*, por Eusebio Gorbea.
166. *El Clamor*, por P. Muñoz Seca y «Azorín».
167. *Don Luis Mejía*, por E. Marquina y Hernández-Catá.
168. *¡Sí, señor, se casa la niña!*, por Felipe Sassone.
169. *Te quiero, te adoro*, por E. Suárez de Deza.
170. *El rodeo*, por Luis Araquistain.
171. *Lo invisible*, por «Azorín».
172. *El nido ajeno*, por Jacinto Benavente.
173. *Cándida*, por G. Bernard Shaw.
174. *Tigre Juan*, por Julio de Hoyos.
175. *Gente conocida* y *El hombrecito* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
176. *Boy*, por Manuel Linares Rivas.
177. «*Parodi y Compañía*», por Sabatino López.
178. *El fenómeno*, por José L. Mayral y J. Silva Aramburu.
179. *La pícara molinera*, por Asenjo y Torres del Alamo.
180. *Don Juan de Carillana*, por Jacinto Grau.
181. *La Meiga*, por F. Romero y G. F. Shaw.
182. *De la noche a la mañana*, por E. Ugarte Pagés y J. López Rubio.
183. *Pepita Jiménez*, por C. Rivas Cherif.
184. *El Conde de Valmoreda*, por M. Linares Rivas.
185. *El mal que nos hacen*, por Jacinto Benavente.
186. *Las hogueras de San Juan*, por J. I. Luca de Tena.
187. *La estrella de Don Benito*, por J. Téllez Moreno.
188. *La copla andaluza*, por A. Quintero y P. Guillén.
189. *La espuma del champagne*, por M. Linares Rivas.
190. *Las Verónicas*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
191. *Nobleza baturra*, por Joaquín Dicenta (hijo).
192. *En Flandes se ha puesto el sol*, por E. Marquina.
193. *Hidalgo Hermanos y Compañía*, por Felipe Sassone.
194. *El mismo amor*, por Manuel Linares Rivas.
195. *El marido de la señorita*, por Drégely Gábor.
196. *Ternura*, por Henri Bataille.
197. *Más allá de la muerte*, por Jacinto Benavente.
198. *El hombre que vendió la vergüenza*, por J. R. de la Peña y A. Lapena.
199. *El alcázar de las perlas*, por Francisco Villaespesa.
200. *La ermita, la fuente y el río* (extra.: 1 pta.), por Eduardo Marquina.
201. *Cuando ellas quieren* y *Cada uno a lo suyo*, por Manuel Linares Rivas.
202. *El mundo es un pañuelo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
203. *El juicio de Mary Dugan*, por Bayard Veiller.
204. *Los cachorros*, por Jacinto Benavente.
205. *El caballero Varona*, por Jacinto Grau.
206. *El vaticinio o S. S. S.*, por Pedro Muñoz Seca.
207. *Bolívar*, por Francisco Villaespesa.
208. *Camino adelante*, por M. Linares Rivas.

209. *Los hijos del Cid*, por Eduardo Marquina.
210. *La vestal de Occidente*, por Jacinto Benavente.
211. *La gitanilla*, por Diego San José.
212. *El amor no se ríe*, por Felipe Sassone.
213. *Lady Godiva*, por M. Linares Rivas.
214. *Levanta, Magdalena*, por Carlos M. Baena.
215. *La Inmaculada de los Dolores*, por Jacinto Benavente.
216. *El castillo de los Ultrajes*, por P. Muñoz Seca.
217. *Un drama nuevo*, por Manuel Tamayo y Baus.
218. *Porque yo no te quiero*, por Fernando de la Milla.
219. *Pipiola*, por S. y J. Alvarez Quintero.
220. *Lo pasado, o concluído o guardado*, por M. Linares rivas.
221. *La leona de Castilla*, por Francisco Villaespesa.
222. *Juan Sin Tierra*, por Marcelino Domingo.
223. *Los marqueses de Matute*, por Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.
224. *Vidas cruzadas* (extraordinario: 1 pta.), por J. Benavente.
225. *Cuando florezcan los rosales*, por Eduardo Marquina.
226. *Los medios seres*, por Ramón Gómez de la Serna.
227. *Volpone o el zorro*, por Ben Jonson.
228. *La locura de amor*, por M. Tamayo y Baus.
229. *Nido de águilas*, por M. Linares Rivas.
230. *Pequeñeces*, por B. de Mora y J. de Salas.
231. *La hermana San Sulpicio*, por Ernesto León.
232. *La carcajada*, por F. de la Milla.
233. *Por ser con todos leal, ser para todos traidor*, por Jacinto Benavente.
234. *La felicidad de ayer*, por Juan José Llorente.
235. *La alcaldesa de Pastrana*, por Eduardo Marquina.
236. *Las vueltas que da el mundo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
237. *Sombras de sueño*, por Miguel de Unamuno.
238. *La entretenida*, por Felipe Sassone.
239. *El buen demonio*, por M. Linares Rivas.
240. *Los que tenemos cincuenta años*, por E. Reoyo y J. Ramos Martín.
241. *Una muchacha de vanguardia*, por J. de Burgos y A. Custodio.
242. *La bola de nieve*, por M. Tamayo y Baus.
243. *Por los pecados del rey*, por Eduardo Marquina.
244. *Una señora*, por Jacinto Benavente.
245. *Roxana (La Cortesana)*, por A. Torres del Alamo y A. Asenjo.
246. *Los amos de Curtidores*, por Eusebio de Gorbes.
247. *La divina ficción*, por Luigi Chiarelli.
248. *La silla número trece*, por Bayard Veiller.
249. *El jockey*, por J. Conty y G. Vissant.
250. *El poema de los ojos*, por Salvador Rueda.
251. *Judá, Ben-Hur*, por E. Thuillier y J. L. de la Hera.
252. *El oro del diablo*, por L. Navarro y J. M. Pérez-Moris.
253. *Los príncipes caídos*, por Marcelino Domingo.
254. *La cizaña*, por Linares Rivas.
255. *El lobo*, por Joaquín Dicenta.
256. *Los amantes de Teruel*, por Juan E. Hartzenbusch.
257. *Aben-Humeya*, por Francisco Villaespesa.
258. *La Dolores*, por José Feliú y Codina.
259. *Lo positivo*, por Manuel Tamayo y Baus.
260. *El trovador*, por A. García Gutiérrez.
261. *El señor feudal*, por Joaquín Dicenta.
262. *El rey Galaor*, por Francisco Villaespesa.

La Novela Sugestiva

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



50

ARSENIO del RAMOS

La ninfa del Parterre